

PRESENCIA DE PAUL GROUSSAC EN LA CULTURA ARGENTINA

Por

GERMÁN GARCÍA

El azar nos lo trajo cuando cumplía exactamente dieciocho años. Vino en viaje de aventura, como pudo ir a cualquier otra parte cuando, cumplido el ingreso a la escuela naval, resolvió conocer mundo, desembarcando en el puerto donde se le terminaban los recursos. Así conoció Buenos Aires primero, a principios de 1866, la pampa pronto, haciendo experiencia de ovejero, donde el hablar gauchesco le haría pensar que el castellano tenía tonos distintos al elemental que aprendería en Toulouse y con el cual se defendió al principio. Vuela a Buenos Aires, donde se vivía, como en todo el país, la efervescencia de la guerra del Paraguay y sus consecuencias inmediatas. Allí, cubriendo una cátedra de matemática en el Colegio Nacional, se zambulló en otro mundo, el de la cultura, al que no necesitó aclimatarse porque lo traía en su ser y a él estaba predestinado. Pero el choque fue grande, porque el saber que era todo su bagaje al tomar el barco era el saber de una civilización depurada, cuya máxima expresión estaba en su tierra de origen, en esa culminación del siglo que signó el fervor por el progreso, del positivismo spenceriano, mientras aquí se vivía de reflejos y en círculo restringido.

Tuvo suerte el forastero, porque en el colegio donde debió enseñar se había reunido, atraído por el pensamiento y la capacidad organizadora de Amadeo Jacques, que acababa de

abandonar el rectorado, un grupo de profesores que dejaría muy perdurable rastro de su saber y su austeridad.

Con ellos, cuyas semblanzas revivirían más tarde en sus recuerdos, Paul Groussac hizo amistad perdurable y con ellos penetró de inmediato en la sociedad porteña, cuyos miembros tenían los ojos puestos en París, que en su mayor parte visitaban con alguna frecuencia. Una sociedad que se vestía de gala para asistir a la ópera y se afanaba para verter frases en idioma galo, que a quien lo aprendió con el destete le sonaría extraño y le tentaría ya a la crítica mordaz y agresiva, como lo que se escribía aquí sobre temas históricos provocaría su reacción observando cuánto se improvisaba y se afirmaba en el brillo de la elocuencia y no en la severa compulsa de documentos.

Groussac fue ahondando su conocimiento del castellano yendo a las fuentes, a la lectura de los clásicos del idioma, que enriquecería con giros propios de la mejor literatura francesa, ágil y plena de espíritu. El ensayo inicial fue un estudio sobre Espronceda, donde el galicismo se escondía y se filtraba en los descuidos. Este trabajo publicado en la Revista Argentina que dirigían Goyena y Estrada, dos adversarios en el campo de las ideas y con ellos hermanado en el estudio y la conducta, le valió el contacto y la amistad para siempre de Nicolás Avellaneda, ministro entonces. El lo llevó a Tucumán para ejercer la docencia y hacerle cambiar, según propia confesión, su propósito de retornar a Francia. Catedrático primero, luego director de enseñanza e inspector nacional de educación, más tarde director de la Escuela Normal, le permitió estudiar ese ámbito de la Argentina, en sus costumbres y en su trayectoria histórica, y le tentó escribir un *Ensayo histórico sobre el Tucumán* que partió de los orígenes a través de documentación y de la discusión de cuanto se tenía por veraz. Marcó rumbo para su vocación y dio principio a las investigaciones posteriores, las que ocuparían la mayor parte de sus días de estudioso, severo consigo mismo. La sociedad que allí lo recibió fraternalmente había de estar representada, con mucho de autobiografía, en una novela y alguno de sus relatos

posteriores. Once años permaneció en el sitio, en época en que aún se mantenía sin contaminaciones el ambiente regional.

Entre tanto, el propósito de la vuelta a su patria de origen quedaría reducido a un viaje de recuerdo que lo vinculó al "Fígaro" parisiense con algunas colaboraciones. Su reintegro a Buenos Aires le hizo protagonista en el ámbito intelectual; ejerció labor docente y se incorporó a la Biblioteca Nacional, designado su director durante la presidencia del General Roca. Ya entonces estaba inmerso en la intensa vida ciudadana. Fue miembro del congreso pedagógico de 1882, cuyos debates serían históricos, y dirigió "Sud América", diario combatiente del laicismo del que fueron redactores Carlos Pellegrini, Delfín Gallo, Roque Sáenz Peña y Lucio López. Las primeras armas en la columna periodística y en la política ya las había hecho en Tucumán. El periodismo lo siguió ejerciendo y en 1894 fundó "Le Courriere Française", siendo frecuentes sus colaboraciones en diversos órganos.

Pero su destino, que fue el cumplimiento de una vocación, estaba en el mundo de los libros; en leerlos, en analizar su contenido, en criticarlos... y en escribirlos. La Biblioteca Nacional fue su mundo y hoy, a la distancia, bien podemos decir que a él le debe su mejor época.

Se mantuvo en el cargo hasta el día de su fallecimiento, que fue el 27 de junio de 1929. En esos cuarenta y cuatro años la Biblioteca y Groussac son una misma cosa, como serán uno solo con tres facetas al bibliotecario, el lector y el escritor. Diremos que para bien de la cultura argentina, porque el bibliotecario fue buen organizador, el lector erudito de cosas nuestras y el escritor ejemplar.

La autobiografía hecha ficción

El viajero de la juventud almacenó recuerdos y añoranzas que revivió en la ficción. Lo que tenía más fresco apareció primero, en la novela que tituló *Fruto vedado*, de 1884. Groussac toma allí el nombre de Marcelo Renault, un francés que regresa a su patria y, en el barco, revive la aventura. Había

llegado a los veinte años y la necesidad lo llevó a la pampa. Sería después estanciero en el Alto Paraná y la suerte lo trasladó a otro escenario, el de las provincias norteañas que el autor, tras el disfraz del memorista, evoca desde el viaje de horas y días interminables en la galera que lo asentó en Tucumán. Revive las escenas del trayecto y pone colorido en la descripción de costumbres. Tienen vida los personajes, que son, cambiándoles nombres, los que tratara en la realidad. Trabajan en los ingenios.

El embarque para el regreso tiene el perfume de la historia, con sus escenas del trasbordo de las lanchas al transatlántico, y en éste las amistades que nacen y las que renacen. Empieza el desarrollo del drama que es nudo de la novela, en el encuentro del protagonista con la hermana de quien fuera años antes su novia. Hay escalas en las costas brasileñas y páginas que pecan de románticas y dulzonas... La segunda parte se desarrolla en París, donde una familia criolla luce su riqueza plantándose en el hotel con su servidumbre. Se encuentra Marcel con Andrea, se renueva la pasión que deriva en citas nocturnas y en el suicidio del esposo, en quien culmina el proceso de ceguera que se inició cuando el rival lo golpeara, muchos años antes.

Demasiado trágica la trama; prosa ya en buen castellano pero con mucho discurso...

En 1922 Groussac publicó *Relatos argentinos* y uno de ellos podría considerarse emparentado con la novela anterior. Parentesco argumental y de personajes. La mitad de la trama se desarrolla en cercanías de Pigüé y la evocación del pueblo de medio millar de habitantes en cuya estación desciende del tren el protagonista es viva, por cierto que recuerdo de sus andanzas de los primeros años de Argentina. Aquí, como en *Fruto vedado*, inmigrantes franceses desfilan en el argumento, hay aquí también influencias del romanticismo. Y, para seguir el paralelo, un final de suicidio que puede rozar la truculencia...

Otro relato tiene como primera figura a un vasco que en este suelo hace fortuna y envía la familia a Francia, para que

se eduquen los hijos, quienes en última instancia se niegan al regreso, dejando en soledad al viejo luchador, que terminará sus días en la estancia cuya lujosa vivienda prepara esperando en gozarla con la familia.

Crítico

Pese a su juventud, trajo una rigurosa formación académica, familiarizado ya con la literatura de la nueva historiografía. En este campo se estaba viviendo entonces en plena revolución, la que barrería con el romanticismo y tenía sus escenarios en Alemania, donde el método filológico de crítica de las fuentes iniciado por Niebuhr alcanzó pleno desarrollo en historiadores de la talla de Ranke y Mommsen, mientras en Francia, cada uno con su propia personalidad y sus particulares ideas, hacían escuela Tocqueville, Guizot y Fustel de Coulanges. Podría destacarse que con éste Paul Groussac estaba cercano en la edad y pudo ser de quien mayor influencia recibiera en su ruta de estudioso buceador del pasado. Para estudiar ese pasado el documento es esencial, pero el documento no es de por sí solo depositario de la verdad y existen otros factores que han de tenerse en cuenta para completar el panorama del momento histórico que se procura reconstruir. La representación de una época, el retrato de un protagonista, la evocación de un panorama social, requieren del historiador imaginación y sentido artístico. El documento es uno, pero aislado nada dice y debe ser depurado. La inteligencia y la capacidad expresiva de quien lo tiene en sus manos lo vivifica. Todo esto tuvo reflejo en la producción historiográfica de nuestro escritor.

La formación de Groussac había de chocar aquí con quienes cumplían, con vocación más que con saber que no pudieron adquirir en el aula ni con maestros de profundos conocimientos. La Argentina estaba en plena formación, había salido quince años antes de una dictadura que llevó al exilio a los mejores cerebros del país y los que tenían inquietudes hubie-

ron de estudiar por sí mismos, sin otra guía que la propia inteligencia, pues, salvo muy pocos y tal era el caso de Echeverría, si salieron de los límites rioplatenses no se alejaron mucho de ellos. Las ideas y las doctrinas se tomaban para la lucha. Es verdad que la generación del ochenta surgía con espíritu de progreso y ansias de alcanzar la civilización europea, pero sus ansias —las de la clase “de arriba”, por cierto— estaban más en lo exterior, el lujo, las reuniones brillantes y la asistencia al teatro para escuchar y sobre todo para ver a la diva famosa. Pero, insistimos, la distancia cultural entre Buenos Aires y París era mucha. Aquí se recibían los ecos y las informaciones no de fuente directa sino a través de intermediarios, comentaristas o exegetas. Había ocurrido así con las ideas políticas del período revolucionario. Para confirmarlo en el primer aspecto, basta con un repaso a la literatura del tiempo en que el francés llegó a nuestras playas. Era la de ensayistas ingenuos, novelistas vacilantes y poetas en la adolescencia.

Es probable que a quien había respirado otra atmósfera le faltara serenidad para analizar ese panorama y llegar a su plena comprensión antes de juzgarlo. Sus juicios críticos fueron agrios, agresivos a veces. Uno de ellos, a propósito de la edición de los *Escritos* de Mariano Moreno presentados por Norberto Piñero, fue áspero y motivo de la desaparición de “La Biblioteca”, reacción provocada por una advertencia ministerial a su director. La crítica al trabajo de Piñero tiene para nosotros valor singular; hay en ella una muy buena lección sobre metodología de la investigación y análisis de documentos, contra el repentismo y la falsa erudición. Establece con precisión qué es una edición crítica y cuánto ha de cuidarse no incursionar en la historia para suplantar con frases lo que se ignora. De ese pensamiento nació su condena del floripondio y del discurso, no sólo en el tema histórico sino en toda la literatura.

Groussac crítico fue atacado desde todos los ángulos. Por cierto que en sus juicios hubo extremado rigor y que en ellos

influyó a veces la pasión, como al tratar la literatura española. Sus críticas causaban escozor y motivaron réplicas que tuvieron las mismas aristas. La de Menéndez y Pelayo a propósito del falso Quijote fue terminante. En lo referente a la historia nuestra las tuvo de Levillier, con puazos que dejaron rastros, y de Diego Luis Molinari. Cabe decir que en lo fundamental de su juicio sobre el plan terrorista de Mariano Moreno, defendido por Piñero y cuya autenticidad negó el crítico, no se ha dicho y posiblemente nunca se dirá la última palabra, porque hay quien sostiene su tesis y quien la discute. Enrique de Gandía ha sido el último en disentir con Groussac. Diremos que conociendo la decisión terrible del secretario de la Junta cuando el alzamiento de Liniers, se vacila en acompañar al avinagrado crítico de los *Escritos*.

Biografía de la Argentina

Sabemos que su producción abarcó diversos campos, incluso el de la ficción novelesca y el drama teatral. Escribió poesías en su idioma nativo, semblanzas de contemporáneos argentinos, notas de viajes. En todo fue destacado, incluso en el manejo del español, que aprendió cuando llegó a estas tierras y dominó pronto; lo frecuentó en los clásicos, que influyeron en su estilo, enriquecido a la vez con esencias de la literatura francesa. Pero fue, sobre todo, crítico e historiador. A lo primero nos hemos referido brevemente y podemos agregar que está estrechamente ligado al otro ámbito de la labor intelectual de Groussac, el de la historia. Porque al investigar, al analizar lo producido por nuestros investigadores y enfrentar opiniones de los que escarbaban en el pasado, vióse obligado a verificar las fuentes y señalar sus errores.

Paul Groussac ha dejado la más honda huella en el estudio de la historia argentina. A la distancia tenemos la sensación de que, conociendo ya el país en su realidad presente y en sus distintos horizontes, tuvo interés —ansia, cabe decir— de conocer su biografía, como si anduviera tras raíces y levaduras. Asentaría pronto algo muy importante: la Argentina era

un país y eran dentro de él muchas zonas totalmente disímiles, en algunos casos más vinculados étnicamente, por los orígenes, por su historia y por el ámbito geográfico, los habitantes de aquí con los de Brasil, Paraguay o Bolivia. Lo apuntó al estudiar las posiciones teóricas de unitarios y federales, que le dio tema para explayarse sobre los fundamentos doctrinarios de los defensores de uno y otro sector que tanto dividió a una prolongada generación de argentinos. Y en el caso del Uruguay, la Banda Oriental de entonces, pudo afirmar la artificialidad de su pretendida incorporación definitiva al ámbito nacional, pues desde la Colonia se sintió desligado de Buenos Aires.

Ya en su inicial ensayo sobre el Tucumán la inquisición de este nuevo habitante de nuestro suelo mostró su capacidad de investigador; también en los capítulos sobre los historiadores primitivos, del Barco Centenera y Ruy Díaz de Guzmán, que citó con ironía, si no con desprecio. Fueron ejercicios preliminares de los estudios que haría más tarde y quedarían de ejemplo en la historiografía argentina, base a paso inicial de la corriente que seguiría la investigación cuyo centro se asentó en el Instituto de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El documento, depurado, analizado, era ahora el punto de partida y señalaba el triunfo de la erudición sobre la imaginación, la improvisación y el discurso. Claro está que para la presentación del panorama total de una época, de un suceso y hasta de una vida a través de su biografía, se hace necesario el complemento, que llega hasta la claridad en la prosa expositiva. El elemento artístico "infunde línea y color", dijo. Las memorias de los protagonistas deben tomarse con pinzas.

Los años de Groussac fueron los años de Mitre y de Vicente López, dos posiciones opuestas pero que se complementan para la reconstrucción del pasado. Del primero, aunque polemizando a veces, Groussac estuvo más cerca. La historia, en la pluma del segundo, al que mucho respetó y de quien fue amigo, tenía parte de leyenda, de tradición verbal transmitida

por los mismos actores, vivificada por la capacidad del expositor, cuya lectura deleita y en muchos casos hace revivir una época. Podría decirse que López, guardando las distancias, fue nuestro Michelet.

Luego del ensayo sobre el Tucumán que hemos citado y que se refería a la conquista y colonización del Norte, que llegó del Altiplano, Groussac estudió, diríamos que exhaustivamente, el proceso de la fundación de Buenos Aires. Puso con ello sillares en nuestra historiografía. La primera parte está en la expedición de Mendoza y el estudio es por cierto ejemplar como investigación. Poco quedó por completar, tiene magistral estructura y no sabemos que se lo haya discutido, salvo en detalles. Hay una reconstrucción de época que hace vivir a los personajes y representarse los escenarios en que se movieron, en España y en América. Penetra el investigador en la psicología de los conquistadores, en las ilusiones de riquezas que los llevaban al sacrificio, en los celos, las rivalidades, las hambres y las traiciones en la marcha y en el asentamiento. Habla de la incapacidad física y como consecuencia anímica del jefe de la expedición, que debió abandonar el Río de la Plata, sólo con su fracaso y para morir en el mar cuando el proceso de la sífilis terminaría con su cuerpo arrojado a la olas, poniendo fin a cuatro años de aventuras, ilusiones y desventuras.

Para entrar en el tema concreto del primer asiento en Buenos Aires, Groussac hace un minucioso repaso de la historia del conocimiento de estos parajes, de los navegantes que llegaron o que se supone que llegaron a ellos. Hay una cuidadosa reseña de los viajes de Solís y Magallanes al Río de la Plata, con meticuloso coiteo y exhaustivo análisis de la poca y confusa documentación existente. No dejaron rastros que sirvieran de guías, ni ellos ni Gaboto, ni Diego García de Moguer. Y entra en la filiación de don Pedro de Mendoza en una paciente búsqueda de antepasados. Detalla luego cómo se organizó la expedición y delinea la figura y la biografía de los que se embarcaban. Es minucioso en la evocación, firmemente asentada en la com-

pulsa de documentos —¡cuántos documentos!— y procura reconstruir la vida de abordo en un interminable viaje de cinco meses. Surgen así los personajes y las incidencias de la marcha, cuya monotonía se había de matizar con charlas y relatos de la realidad y de la imaginación, con cantos y consejas, jugando su parte los sueños y esperanzas de pronta riqueza en estas tierras de Indias. Y con celos, rivalidades, intrigas y un ajusticiamiento. Este, el de Osorio, será calificado de bárbaro asesinato.

Es también minucioso para presentar la vida en el asien-to, cuya realidad está en la llanura desierta. En vez de una riqueza fácil se encontró el hambre y la pelea con los aborígenes, que diezman la población. Nació entonces en el jefe de la expedición la idea del traslado al Paraguay, que tiempo después se concretaría, no por quien como sucesor suyo dejara Mendoza —Ayolas—, que cayó en una aventurada entrada, sino por los de la Asunción que vinieron a concretar la mudanza. Buenos Aires quedó despoblada y perdidas las ilusiones de sus habitantes. Renacerían con el impulso de una figura humana totalmente representativa del espíritu conquistador hispano, quien era ya de hecho el hombre de este suelo, porque, traído de España en él arraigó siendo niño y acaudilló a los que serían definitivos pobladores, enraizados en esta tierra de la que muchos eran hijos. Con Juan de Garay se sembró la semilla de los “mancebos de la tierra”. La tierra sería la suya y la herencia de sus retoños.

Fue, Garay, el personaje para el historiador y la talla de ambos, cada cual en su tarea, era pareja. Vive el hombre en la evocación con su total personalidad y las páginas que se le dedican son “amalgama de ciencia y arte”, reflejo de la capacidad de su biógrafo. Quien sería fundador de Santa Fe y Buenos Aires empezó su aventura americana en el Perú, soldado de los ejércitos reales en momento de rebeliones. Con Nuñez de Prado estuvo en el Altiplano; incursionó en Tucumán y se asentó en Potosí cuando la euforia del oro. Luego en Charcas como estación de paso con las huestes de Nufrio

de Chaves, a quien acompañó en la fundación de Santa Cruz de la Sierra, donde sería regidor y encomendero. Llegaría después a la Asunción, donde Irala, otro temple de acero, terminaba sus días. Era Asunción, como todos los centros poblados, un hervidero de intrigas y riñas, entre gobernantes civiles y autoridades eclesiásticas y de pobladores entre sí, por faldas cuando no existen motivos o pretextos más importantes. Pequeño escenario y grandes líos que se matizan con riñas y ejecuciones. Bulle, a través de la crónica, una sociedad en formación donde fermentan los más diversos temperamentos. La comunicación con Lima se hace regular y muchos, cansados o ansiosos de mejor fortuna, emigran. En Santa Fe y Asunción se juntan los expedicionarios y con ellos, en 1580, comandados por el más capaz y más decidido, se concreta la segunda y definitiva fundación de Buenos Aires.

La evocación de Groussac en estos dos estudios que dejamos apenas reseñados, es de maestro. Como se ha visto, el enfoque no es el de simples biografías de personajes sino el apropiado para reconstruir una época, cuyos acontecimientos pueden girar precisamente alrededor de sus figuras representativas. Aparece por cierto el personaje en su talla y el escenario donde se mueve, en el que rivales de la primera figura pueden tener importante papel. La sociedad está palpitando con realismo en la pluma del historiador, que luce en este estudio de los orígenes de Buenos Aires singulares dotes literarias, con páginas de antología, como la que hace revivir la vida en las carabelas de Mendoza, no dejando en el olvido ni las rencillas de alcoba, inevitables cuando faldas de damas y de aventureras se rozan con las bragas de los expedicionarios.

El proceso accidentado y dramática de la fundación rioplatense sirvió a Groussac para documentar una época, la primera. La segunda se concretó en la creación del Virreinato que desembocó en la Revolución de la Independencia, cuando los aquí nacidos se sintieron capaces para gobernarse por sí mismos. La medida de esa capacidad la había de dar la participación del pueblo como protagonista en el rechazo de la

invasión británica. Para Groussac, 1806 fue el prólogo de 1810. La fuga del virrey Sobremonte, representante de la Corona, sería lo accidental, que hizo jefe de la resistencia a un militar de profesión que cumplió sus deberes y había de caer al final cuando, fiel en el cumplimiento de esos deberes, se levantó en armas para impedir la sublevación contra esa misma Corona: Santiago de Liniers.

Es evidente que el investigador puso en este protagonista de la historia argentina su más viva simpatía, reflejada tanto en la defensa del personaje cuanto en el ensañamiento contra historiadores que lo vieron de otro modo. Luego de analizar la actuación de Liniers y la línea recta de su conducta, no extraña que su biógrafo tomara partido. Había llegado aquí con la expedición de Cevallos para fijar límites de la soberanía hispánica, como soldado español desempeñó sus tareas y cuando esta colonia corrió riesgo de quedar perdida fue él quien acaudilló a los criollos, mientras con el rey cobarde los de la declamadora lealtad dejaron libre el camino para la invasión. Histórico es que las corporaciones y hasta la alta jerarquía eclesiástica se declaró obediente a la nueva bandera, pero el pueblo, los españoles ya conquistados por la tierra y los que en ella nacieron, a la seguridad con la huida o la tranquilidad con el juramento de obediencia, prefirió encaramarse en las azoteas para arrojar aceite hirviendo a los que llegaban. Liniers encarnó ese espíritu y con él un grupo de conductores que en buena parte participarían luego en el movimiento de Mayo. Como ocurre muchas veces, el instinto del pueblo estuvo por encima de los que tienen el mando.

El libro no es tanto la historia de un personaje cuanto el panorama del virreinato en esa época, con incursiones tangenciales en otras regiones de la América hispana, reflejo en esos años de la descomposición del reino. Y como en la Península a Napoleón, la presa de aquí le pareció fácil a su rival británico, como a la Corte brasileña se le hacía factible adjudicarse la posesión del Río de la Plata, del que se consideraba legataria. Luego de los ingleses, Liniers tuvo un enemigo peor: los monárquicos montevideanos con sus aliados de

aquí, intrigantes para eliminar a quien fuera su libertador. Y sufrió su propio exilio refugiándose en Córdoba hasta que su lealtad lo complicó en un alzamiento contra la Revolución a la que él mismo había abierto las puertas. Se dio luego el contrasentido aparente de que fuera el gobierno surgido de la revolución que se proclamó sostenedora de la monarquía y de Fernando VII, el que pusiera fin a la vida del más sincero defensor de esa misma monarquía, ordenando su fusilamiento. Liniers, “esencialmente un noble francés del antiguo régimen”, mostró una “adaptación incompleta al nuevo medio social”, dice su biógrafo en esta evocación de una figura que es reconstrucción documentada, fiel y rica en cuanto investigación y reflejo de esos dramáticos días. Están en ella con sus ideas, su grandeza y su pequeñez, muchos de los protagonistas. Las memorias que dejaron, al igual que las historias de contemporáneos, son discutidas y a veces despreciadas, porque reflejan pasiones personales y defensas de intereses. Como en los estudios sobre Mendoza y Garay, la compulsión de documentos, la reflexión y el estudio del contorno social, valen para completar los documentos oficiales y evidenciar la capacidad del escritor en capítulos enriquecidos con una limpia prosa.

El proceso de la Revolución de Mayo principia en *Liniers*. En estudios tangenciales surge la figura fulgurante de Moreno y en otros Groussac centra su evocación histórica en la convocatoria del Congreso de Tucumán, que sirve para que el investigador asiente su propio pensamiento, liberal y positivista, hablando del progreso y de la civilización que avanza. Las “provincias unidas” era un mundo heterogéneo y en el Congreso se evidenciaban los celos y rivalidades de esas provincias, como las disímiles personalidades que las representaban. Pero en el momento decisivo esa distancia desaparece para afirmar la resolución que proclamó la Independencia, aunque la Independencia, sin declaración formal, surgía de los actos que se sucedieron desde los días de Mayo.

En esta evocación el historiador, como siempre, nos presenta semblanzas de protagonistas. Una, la de Pueyrredón, re-

cordando que fue elegido director supremo, nos proporciona su estampa de "...hermoso ejemplar de la alta burguesía porteña, valiente, ponderado, tan elegante en lo moral como en lo físico, caballero bajo todos cuatro costados...".

Penetró Groussac en la época que siguió y que fue de "años climatéricos", con la disgregación, cuando Buenos Aires relegó la organización nacional a un segundo término para dedicarse a su "engrandecimiento material, moral e intelectual", reflejado en el programa rivadaviano. Lo hace en su fundamental estudio sobre Diego Alcorta, maestro ejemplar que sembró el saber y formó discípulos llamados a ser orientadores para la concreción de la Argentina soñada por los revolucionarios. El gobierno de Martín Rodríguez sería señero porque encarnó el espíritu de su ministro, gran figura histórica, "vocación para vida civilizada y gobierno libre". Bernardino Rivadavia fue el "Estadista de valor excepcional en la América Española". Esos años fueron brillantes, pero en los que siguieron, los de la presidencia, habían cambiado las circunstancias y el escenario, todo el país era otro, anarquizado por gauchos seminómades que integraban la montonera cebada y una minoría de "decentes" que se componía de empleados y comerciantes. La masa seguía a sus caudillos. Pero Rivadavia, ministro o presidente, fue creador de instituciones y todo lo que brotó después de Rosas sería retoño de la planta sembrada por el civilizador. Mientras tanto, se habla de una federación que propagan Dorrego y Manuel Moreno y que no es sino la disolución. San Martín ve el panorama y sin desembarcar vuelve al ostracismo y al ostracismo se va, como un símbolo, el mismo Rivadavia. Es el triunfo de la proclamada federación, que será el servilismo de la Legislatura, las persecuciones, la anarquía y el derrumbe de la enseñanza. Funcionan ya todos los órganos del despotismo, con Rosas, "un caudillo de campaña, noble de nacimiento y gaucho de vocación". Para estudiar la época, el historiador se hace sociólogo y reflexiona sobre la formación de la Argentina, en la que aparece el latifundio con los amigos del gobierno, se restablece el espíritu español, aristocrático y funcionalista en el medio urbano, y recrudecen los

hábitos campesinos. El ejército de la Independencia es ahora instrumento del desorden y se compra el orden al precio de la libertad. Rosas explotó el rencor de la plebe contra la aristocracia, "hasta conseguir la nivelada igualdad de la barbarie". Los seis meses de Lavalle en nada variaron el panorama, porque los agredidos fueron ahora los agresores, con igual procedimiento.

Diego Alcorta, cuya admirable personalidad está presente en cada párrafo, dio tema a su biógrafo para historiar su época. Personaje olvidado en los textos escolares, hizo de su vida un apostolado para el progreso intelectual de su país y con su ejemplo, tanto como con sus lecciones, formó una generación que daría frutos en el incremento de la cultura. Algunos de sus alumnos, los que al abandonar el sabio la cátedra oficial bebieron en la que para ellos dictó en su propio hogar, estarían entre los constructores de la nueva Argentina. El primer ejemplo de conducta lo tuvieron en la renuncia de Alcorta como miembro de la Legislatura antes de que ésta acordara a Rosas las facultades extraordinarias, a lo que se había opuesto tenazmente.

Sin proponérselo tal vez, conquistado por figuras que le atrajeron, representativas todas de una época, ejes o señeras de los acontecimientos y cuya semblanza ejemplar dejaría escrita para que las nuevas generaciones, contemplando su estampa moral o analizando las ideas que orientaban su acción puedan evocarlas y les sirvan para ir desentrañando el origen y la concreción de la Argentina de sus días. Ligando esas etapas de su pasado podemos nosotros delinear una historia total del país y fijar su pensamiento —el de Groussac— que penetró en lo social. Mendoza y Garay, en los estudios a ellos dedicados, la Revolución a través de Liniers, el período de la Independencia con el análisis del Congreso tucumano y sus protagonistas, el interregno rivadaviano, la Anarquía y el debate federalismo - unitarismo en el ensayo sobre la presidencia de Rivadavia y en el exhaustivo estudio sobre Diego Alcorta, dieron entrada a la época de la Organización. Las ideas de sus

protagonistas fueron analizadas en busca de sus fuentes doctrinarias, en estudios sobre Alberdi y Echeverría y en las figuras de quienes protagonizaron los grandes debates de la Constitución y las leyes que afirmaron a la Argentina en la modernidad; en sus propios recuerdos de compañero y adversario de los actores, reunidos sus nombres en un libro ahora imprescindible para nosotros cuando queremos conocerlos: *Los que pasaban*. Están allí Estrada, Goyena, Avellaneda, Sáenz Peña y Pellegrini, éste con talla de estadista, “el hombre que más he querido en esta tierra”, confiesa.

En la tarea de esos hombres, dinámicos, batalladores, plenos de fe en el destino de su patria, Paul Groussac colaboró, dando su vida para que la Argentina se afirmara en lo que es más sólido y perdurable: la acción cultural. Su cuartel no fue un recinto blindado sino una casa con todas las ventanas abiertas: la Biblioteca Nacional. En ella estuvo su refugio creador, que no le impidió dejar a un lado infolios y documentos para tomar su parte y expresar sus propias ideas en los fogosos debates del momento, muchas veces en el sector opuesto al de los más amigos, sin que ello le hiciera perder la simpatía ni la valoración exacta de su capacidad y de su temple. En las históricas polémicas de las que surgiría la legislación liberal y la enseñanza laica puso calor y el periodismo fue generalmente su palestra.

El bibliotecario y su legado

Fue designado director de la Biblioteca Nacional en 1885. Para la institución creada por la Primera Junta significó incorporarla a su campo específico, de archivo de la producción bibliográfica del país, repositorio de documentos para investigadores y fuente para el estudio de la cultura universal. Aunque la casa había tenido directores inteligentes y laboriosos que se empeñaron en la tarea, como Vicente Quesada, la tónica no era la suya y de cuán errados anduvieron algunos basta el recuerdo de Mármol, cuya idea primera fue la de eliminar del repositorio los libros de teología... El biblio-

tecario Groussac púsose de inmediato en tres tareas: la organización del material acumulado, la conquista de un digno alojamiento y la publicación del catálogo de los existencias. Empezó en seguida con la primera, logró lo segundo derivando a la Biblioteca la casa que se levantaba para la lotería y retiró de la imprenta en 1899 el denso primer tomo del *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional, seguido de una tabla alfabética de autores*". Es éste el mejor documento para medir la capacidad del conductor, que debió hasta preparar al personal con el que realizar la labor. El catálogo se abre con la historia de la misma Biblioteca, que había de tener trascendencia porque fija antecedentes, proporciona biografías de quienes pasaron por ella, las vicisitudes de la casa, que reflejaron las del país en el cultivo del saber, y hasta por la semeblanza que al recordarlo hace de su fundador, Mariano Moreno, que "tiene la rapidez y rectitud del rayo; pero del rayo anunciador y compañero de la lluvia fecunda. La Junta tenía ocho miembros y una cabeza. De esa cabeza radiante de inteligencia y cargada de voluntad, se escaparon durante meses los proyectos salvadores, las palabras decisivas, las enérgicas resoluciones, que no eran fórmulas vacías sino anuncios ciertos de la próxima realización...", dice en un párrafo que cerrará recordando el paréntesis en que "Sobre las doctrinas de Moreno y las iniciativas de Rivadavia cayó como un sudario el largo invierno de la barbarie...". Es, siempre, la Argentina en el pensamiento del escritor.

Que Groussac estudió mucho y meditó sobre la estructura del catálogo de la Biblioteca quedó documentado en la exposición con que lo precedió, referida a la clasificación del material bibliográfico. La lección —fue la primera en la bibliotecología argentina— es de sabio. Analiza allí los problemas y las características de una clasificación bibliográfica, tan distinta de las lógicas que nos traen los textos de filosofía. Se decidió en lo esencial y aunque la discute, por la de Brunet, la mejor en su tiempo y útil todavía, porque de las muchas que han nacido después ninguna es universal aunque tal se proclamen ni llegará seguramente alguna —es nuestra con-

clusión luego de experimentarlo y meditarlo— en la que pueda encasillarse lo que traerá el futuro, lo que el hombre inventa, lo que reflexiona y hasta lo que sueña. Clasificar lo del pasado y de antemano lo que vendrá no es más que ilusión de quienes en un mundo que recibe en el año millones de libros y panfletos afrontan cada día uno de sus problemas.

El estudio de las existencias de la Biblioteca, acumuladas sin orientación precisa, deriva en el planteo de cómo ha de enriquecerse de verdad un repositorio de esa naturaleza, orgánicamente, sin dejar de lado las publicaciones periódicas, y el archivo de lo que se girará al futuro. En todo un programa orgánico para una biblioteca de estudio y de investigación, que se cumpliría a medias después de Groussac y hasta haría derivar ese centro de alta cultura casi en una biblioteca para alumnos de escuelas secundarias.

Groussac la enriqueció y le dio su propio carácter. Organizó, entre otras cosas, el repositorio de documentos sobre la historia argentina y americana, contratando copistas que trabajaron en el Archivo de Indias. El sector de manuscritos llegó a enriquecerse y de él se publicaría el propio catálogo. Del general fueron apareciendo nuevos tomos, cinco durante su dirección.

Desde su cargo bregó tenazmente por la ley de derechos de autor, con el depósito legal de las publicaciones, lo que había de repercutir en la preservación de todo lo que se editara en el país, fundamental documentación para el estudio del desenvolvimiento cultural de la Nación. La Biblioteca absorbió a su director y muchas veces le robaría horas al estudio y le impediría escribir. En la época primera, de organización y realización del primer catálogo, se obligó hasta a clasificar por sí mismo todo el material, lo que le hizo decir que su carga había sido la más pesada. De ella está empero satisfecho porque, apunta, “Hemos legado, con todo, a la primera etapa, donde mereceríamos disfrutar en paz de algunas horas de reposo”, dice, reconociendo que ese trabajo de inventariar tesoros poco se aprecia. Hay algo de tristeza en el final cuan-

do, luego de recordar que otros andan tras la riqueza, el placer, el ruido exterior, "...durante esos años del recodo de la vida, en que ésta promete aun sonrisas y rayos de luz, he consumido en el retiro el resto de mi juventud". Entraña una filosofía de la existencia el cierre de esta íntima página: "Después de todo, ¿quién sabe si no he elegido la mejor parte; si estos hipogeos del espíritu humano no sugieren la recta solución de la vida al que busca sinceramente; y si, muy por bajo de la ley moral, de la familia y de la patria, —que son facetas de la sola verdad eterna— no es cierto que la cultura intelectual sea la menos vana de nuestras ilusiones?".

Con Groussac la Biblioteca Nacional no fue sólo repositorio de libros sino un organismo vivo para la labor intelectual e incluso para difundir lo que había dentro. Para hacer conocer los trabajos de los estudiosos, los artistas y los literatos argentinos, les abrió la sala de conferencias, donde también se dieron conciertos, y les ofreció la cátedra de "La Biblioteca", la ya histórica revista que dirigió entre 1896 y 1898 y en la que publicó a su vez algunos de sus trabajos. Uno de éstos, la crítica al prólogo de los *Escritos* de Mariano Moreno firmado por Norberto Piñero, extremadamente áspero pero lección magistral en lo que se relaciona con la metodología de la historia, estuvo en la primera entrega y sería motivo para que la revista dejara de publicarse apenas al segundo año de su iniciación. La entrega final agrupa las semblanzas, breves y precisas, de todos sus colaboradores.

Más tarde daría otra publicación similar, más centrada en la investigación: los "Anales de la Biblioteca", diez volúmenes que aparecieron entre 1900 y 1915. Era un poco el aprovechamiento de la documentación que había ido acumulando en la casa. Su director publicó allí textos históricos y dio su medulosa investigación sobre las Islas Malvinas. Allí aparecieron también varios de sus escritos de introducción que quedarían sólidamente asentados en nuestra historiografía. El referido al doctor Don Diego Alcorta es uno de ellos; otros, los que tratan sobre el padre Guevara, el Diario de Aguirre, Ruy Díaz

de Guzmán, Tadeo Haenke y Diego de Alvear con su Diario sobre demarcación de límites. El antecedente de esta tarea en la Argentina había sido la Colección de De Angelis, al que con frecuencia quien trabajó con otro bagaje hizo objeto de críticas.

No es posible abarcar toda la tarea cumplida por Paul Croussac en las pocas páginas de una circunstancial monografía. Hemos querido dedicar la nuestra a un intento de presentarnos la Argentina a través de este escritor nacido en Francia que vivió aquí la mayor parte de su existencia y que, evidentemente, no se concretó por completo espiritual e intelectualmente argentino. El hecho de que se rehusara a tomar carta de ciudadanía ni aun para jubilarse, que tal era la exigencia legal de entonces, parece certificarlo. También la dedicatoria de *El viaje intelectual*, de 1904: "Para mi hijo Carlos, a quien dio patria mi destierro, recojo estas espigas del campo que le toca por herencia". Pero hay algo indiscutible y es la labor que se impuso y cumplió, de estudiar a la Argentina en lo profundo. Más aún, su decisión de intervenir en los debates de problemas argentinos al par y con igual pasión que los nativos. Y conoció la Argentina de su tiempo, en su ámbito geográfico y en su sociedad, desde la pampa bonaerense hasta los límites con el Alto Perú. Con ese panorama que describió incluso en sus páginas de ficción, que son de recuerdos, buceó en el pasado, porque para comprender a un país es necesario conocer su historia. También, y principalmente, el idioma. Y en el idioma, que empezó a balbucear al desembarcar en el Río de la Plata, llegó a ser maestro, legando a la literatura argentina capítulos en que luce el castellano como en la prosa del mejor estilista, precisa, rica en el vocabulario, armoniosa.

Un balance sobre lo que significó la presencia de Paul Croussac en este suelo arroja, indiscutiblemente, saldo ampliamente positivo en beneficio de la cultura argentina, en la que fue representativo de las ideas que dieron personería al siglo, de libertad del espíritu. No cabría decir que aquí

quedó totalmente arraigado ni que dejara de producirse en él, a través de los años, el choque entre lo que bebió en su tierra, el rigor del aprendizaje y la decantación del saber que sorbió en sus años de formación, con la falta en nuestro medio de disciplina para el estudio y la investigación y el conocimiento elemental adquirido de segunda mano o sólo por reflejos. Llegó del país que lideraba escuelas y florecía en la literatura y se encontró con una sociedad todavía en ebullición, cuyos pensadores y dirigentes vivían pendientes de Europa, tratando de trasplantar sus instituciones, procurando poblarlo con aluviones inmigratorios que tardarían un siglo en amalgamar para que se plasmara en una unidad, unidad contra la que conspiraba la desunión de las regiones, cada una con su personería, con sus tradiciones y hasta con sus caudillos. Y los intelectuales de la época del rosismo, algunos de los cuales conoció y trató, se formaron en la lucha, con vocación de estudiosos y con pasión en la brega; sus fuentes para orientarse pudieron no ser las originales sino reflejos. No había de pedirseles a ellos la rigidez del gabinete ni la serena meditación. Estaban llamados a la tarea de la construcción y no de la especulación y el análisis sereno del cuarto de trabajo. El mismo Groussac lo apuntó una vez, al escribir sobre Alberdi, diciendo que era actitud injusta juzgar las *Bases* con el criterio actual y que "Es regla elemental de la crítica restituir la obra examinada al medio en que se produjo, con el doble objeto de comprenderla más exactamente...". Pero en verdad no se ajustó siempre a ello, incluso con el mismo Alberdi, a quien en *El desarrollo constitucional...*, trató con sarcástica ironía. Fue áspero en la crítica y pareció olvidarse de lo que asentó en el prólogo al *Viaje intelectual*: "Me ha tocado vivir en países nuevos y durante su período de rápido crecimiento, cuando la organización sociológica, todavía incompleta y provisional, poco soporta el especialismo, teniendo todos los obreros de la mano como del espíritu que ensayarse en varios oficios".

Está en su favor la actitud firme para combatir la improvisación, el repentismo, el querer ahondar en la historia

con la sola imaginación, con discursos altisonantes, sin analizar los documentos, haciendo fe de lo que dijeron los protagonistas. Se excedió en el juicio a veces, pero se comprendió perfectamente la reacción. Roberto Giusti lo destacó acertadamente cuando dijo que “combatió la ligereza, la inconsistencia, el medio saber superficial y parasitario, el desenfado, la audacia, la verbosidad hinchada y vacía, juzgados por él los peores enemigos del intelecto argentino, y levantó como bandera el estudio meditado y la crítica imparcial, sin hipocresía ni melindres”. También Carlos Ibarguren, en el excelente prólogo que puso a *Mendoza y Garay*, destacaría que con su crítica “...limpió a nuestra tierra de mucha maleza, arremetió contra el error, la improvisación, el mal gusto, la mentira y los prejuicios, llegando con intolerancia hasta la crueldad en la polémica”.

Cabe asentar que Groussac, escribiendo y opinando, nunca fue más que un hombre de aquí, no un extranjero, y como tal afirmaba sus opiniones, sus elogios y sus críticas. Si fuera argentino diríamos que el acibar de su pluma no era sino el dolor de la patria encarnado en él. En la lucha diaria nunca se sintió forastero, se zambullió en ella, tomó partido donde se debatían las ideas, la política; en la campaña por el laicismo acompañó y alentó, hermanando con ellos, a los hombres de su tiempo; en la acción cultural y en la brega política, íntimamente esperanzado en el triunfo final de la razón y del progreso.

La Argentina tuvo en Groussac un crítico y un maestro austero, severo y valiente, que se afanó por barrer impurezas, riguroso para juzgar y combatir errores. Ello significa que fundamentalmente tenía fe en el destino del país. Y el país, la cultura argentina, que mucho le debe, reconoce su saludable y benéfica tarea. El ejemplo de su vida consagrada al trabajo de más sacrificio, que es el de aprender y de enseñar, ha de ser siempre ejemplar y orientador para quienes siente la vocación del estudio.